

ATRAS ¡SIN GOLPES!:
¿LA ARQUEOLOGÍA ES CRITICABLE O DISCUTIBLE?

Francisco Gallardo I.

La arqueología en Chile carece de expresiones críticas. Al menos es lo que puedo apreciar tras la lectura de un reciente editorial de este Boletín. Comparto la idea, pues abre polémica sobre un aspecto de nuestra disciplina que dista mucho de ser un problema ausente. Esto no sólo porque es el silencio más lleno de ruido que conozco, sino también porque permanecerá en el dominio privado mientras no salvemos las barreras de los conceptos que lo mantienen prisionero.

Para nadie es un misterio que los arqueólogos chilenos son críticos, incisivos, ácidos, irónicos. Toda conversación de pasillo o café entre especialistas —al menos cuando existe cierta dosis de afinidad y privacidad— se reserva el derecho a poner en tela de juicio el trabajo de otros colegas. En los escasos 10 años que llevo involucrado con el medio he sido autor, testigo y objeto de este proceso. En apariencia ésta es la norma y medio por donde fluye la crítica en arqueología en Chile. Se trata de una situación de hecho y me parece del todo atractivo explorar por qué esto es así y cómo podríamos darle otros cauces.

En Chile la crítica arqueológica es de dominio privado. Se cierra sobre sí misma, se reprime. Ella se autocensura porque su propio fin lo exige. Es un tribunal ad hoc que nadie ha solicitado y por eso se mantiene en las sombras. Se llena de pudor ante el dominio público, pues su único propósito es el de juzgar la competencia profesional del otro y no de la suya propia. Se acalla porque nadie puede ser un victimario sin ser una víctima. El temor que sentimos al escándalo, la desacreditación y el escarnio nos impide saltar sobre las cubiertas de los barcos que circulan en la bahía.

El diccionario que tengo a mano define la crítica como el arte de juzgar, es decir, la habilidad para distinguir entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso. Sin embargo, los arqueólogos en Chile escasamente ponen el dedo sobre la lógica de los enunciados históricos o culturales, presionan sobre otro lugar, juzgan el desempeño profesional, tienden a enjuiciar la idoneidad del especialista. Utilizan la crítica como "censura de las acciones o conducta de alguien".

Por su propia definición práctica, la crítica en arqueología se entrapa en un callejón sin salida. Para resituirla no cabe otra alternativa que buscarle nuevos expedientes. Lo primero que pienso es en la crítica científica. Una fórmula que busca la veracidad de un enunciado en el establecimiento del consenso o intersubjetividad (p.e. Popper 1973: 37). Esta parece ser la opción natural para una comunidad de arqueólogos que pretenden producir conocimientos acerca del pasado o la cultura material. Sin embargo, me resisto a conculgar con ruedas de molino. Es descabellado creer que porque todos (o muchos) estamos de acuerdo sobre alguna cosa ésta se vuelve más verdadera (o tolerable) que otras en que hay discrepancias. Siento que este juego de decisiones convencionales no hace más que apartar las opiniones de minoría. Las somete a una repudiable dictadura de la mayoría. Afortunadamente el principio de la intersubjetividad no pasa más allá de ser un "buen deseo" de los filósofos de la ciencia. Como Clifford Geertz (1987: 39) ha dicho respecto a la antropología interpretativa, el progreso de la ciencia "se caracteriza menos por un perfeccionamiento del consenso que por el refinamiento del debate. Lo que en ello sale mejor es la precisión con que nos vejamos unos a otros." Personalmente creo que esta es la forma corriente como se expresa la crítica en las ciencias humanas y me parece que si en Chile ése fuera el caso, podría coexistir con ella.

La crítica es pendenciera en origen y la crítica científica no es más que una artimaña de aquellos cuyas ideologías viven pasajeros momentos de triunfo cultural. En mi opinión, ninguna de estas estrategias muestra ser satisfactoria. Sus bases lógicas tienen dudosas credenciales éticas y políticas. Contradicen el principio básico que debería regir el campo de la práctica y el discurso arqueológico: la diversidad es más que una buena cosa. El problema inmediato que plantea esta solución es cómo pensar distinto y seguir con vida. La respuesta es sencilla y se la conoce como tolerancia.

Si alguien ha tenido la valentía (o paciencia) de seguir mi exposición hasta aquí, entonces le debo una aclaración. Sobre esto no puede haber confusión. No. No he vuelto a los parques de los setenta. Hace mucho tiempo que mis camisas con flores quedaron olvidadas en el ropero. Bajo ningún punto de vista desearía forzar la realidad hacia una armonía social que, como en el Chile de hoy, es fatalmente cínica. Sólo he querido recuperar la diferencia como un valor positivo y poner a distancia los absurdos alegatos lógicos acerca de lo verdadero y lo falso. Recién ahora puedo ir al grano y sugerir algunas opciones.

La crítica que circula en la arqueología de este país seguirá su propio curso. Nada obtenemos con negarla, pero a ella podemos oponer el comentario entendido como interpretación. Como búsqueda del sentido de los enunciados arqueológicos. Veamos un ejemplo. Inspeccionemos una frase trivial: "la cultura diaguita es agroalfarera". Ella está construida por supuestos, todos los cuales pueden ser objeto de discusión. El artículo definido en singular que precede a "cultura diaguita" descansa en la idea de que estamos tratando con una cosa, una unidad en completo orden e integridad. La categoría es discutible no sólo porque cosifica la realidad, sino también porque asume como axioma la sistematización. Ella no deja espacio posible para pensar en aquellas fuerzas disturbadoras que promueven el cambio en la cultura. Más aún, la frase incluye el término "diaguita" suponiendo que etnicidad es igual a homogeneidad. Para cada caso podríamos encontrar datos arqueológicos regionales que pueden mostrar las insuficiencias del enunciado.

En las ciencias humanas todas las ideas pueden ser enunciadas, pero nadie puede ignorar que la verdad (como realidad) es un asunto esencialmente político o social (p.e. Foucault 1979: 189 y Marx 1969(1845): 28). Por consiguiente, debemos atenernos a las consecuencias éticas de nuestros enunciados. Veamos un ejemplo robado a una vieja discusión entre "nuevos" y "menos nuevos" arqueólogos norteamericanos. En esa época Flannery (1972: 105) acuñó una frase que caracterizaría al movimiento procesalista. El asunto era sencillo, los "nuevos arqueólogos" no se preocupaban del indio tras el artefacto, sino más bien del sistema detrás del indio y el artefacto. Sin duda podríamos discutir que la falta de interés por el indígena huele a colono en el Far West. Una falta de delicadeza no muy distinta al cuento de las prostitutas mexicanas (Sonia, Rosa y Yolanda), el "Real Arqueólogo Mesoamericano" y el "Graduado Escéptico" en la Quinta Las Rosas (ver Flannery 1976: 133-135). Sin embargo, estas provocaciones son de menor importancia ante la pretensión sistémica del programa funcionalista norteamericano. Creo que si la arqueología es antropología o nada (otro viejo aforismo "americano"), entonces debería evitar esa actitud colonialista implícita en el proyecto de reducir la vida de otros a meros constructos lógicos. En especial cuando el planeta tiende a adquirir la fisonomía de una "aldea global" que no mira con buenos ojos a aquellos que poseen un estilo de vida discrepante con el sistema a escala mundial.

Hasta ahora me he resistido a la crítica. La he puesto en vergüenza y menoscabado la pureza de su imagen. Esto no es casual, pues veo en ella un factor que limita el diálogo entre diferentes discursos arqueológicos. Somos productores compulsivos de textos acerca de la historia prehispáni-

ca y la cultura material. Vivimos fascinados por la prosa de nuestros propios relatos, objetos llenos de sentido que se mueven en un recipiente pleno de "tiempo-ahora" (Benjamin 1988: 188). Nuestros enunciados arqueológicos no pueden suplicar existencia y tratar de escapar a la interpretación, al comentario y la discusión.

Es cierto que me interesa escudriñar en las construcciones que hacemos del "otro" en el pasado. Sin embargo, no intento cerrar los ojos ante los modos en que recuperamos y analizamos los restos arqueológicos. Nadie puede huir de los hechos consumados, en especial si ellos son el soporte del enunciado histórico o cultural.

En resumen, mi ensayo ha intentado mostrar que no sólo de juicios puede vivir el diálogo en la arqueología chilena. También existe la posibilidad de tratar con la naturaleza teórica, ideológica y cultural de nuestros discursos acerca del pasado. Creo que la arqueología debería ser más discutible que criticable, pero la elección de tal o cual estrategia de interlocución entre especialistas es una decisión que cada uno tomará según su experiencia. Lo que sí no creo es que esto llegue a ser un asunto pacífico. Por eso espero que nos mantengamos alejados del ring.

REFERENCIAS

- Benjamin, W.
1989 Discursos interrumpidos I. Taurus Ediciones, Buenos Aires.
- Flannery, K.
1972 Culture History vs. Culture Process: A Debate in American Archaeology. En Contemporary Archaeology, M. Leone (ed.), pp. 102-107, Southern Illinois University Press, Carbondale.
- 1976 Sampling on Regional Level. En The Early Mesoamerican Village, K. Flannery (ed.), pp. 131-136, Academic Press, New York.
- Foucault, M.
1979 Microfísica del poder. Las ediciones de la Piqueta, Madrid.
- Geertz, C.
1987 La interpretación de las culturas. Editorial Gedisa, México D.F.
- Marx, C.
1969(1845) Tesis sobre Feuerbach. En C. Marx y F. Engels. Obras Escogidas, pp. 26-28, Editorial Progreso, Moscú.
- Popper, K.
1973 La lógica de la investigación científica. Editorial Tecnos, Madrid.